

Y volvió a buscar mis miradas, que me era imposible separar de su rostro. Vi entonces que sus pestañas brillaban lágrimas.

—Pero, ¿por qué lloras?—le pregunté.

—No, si no lloro... ¿Acaso he llorado?

Y tomando mi pañuelo, se enjugó precipitadamente los ojos.

—Te han hecho sufrir con eso. ¿Verdad? Si has de poner triste, no hablemos de ello.

—No, no; hablemos.

—¿Es mucho sacrificio resolverte a oír lo que te dirá hoy Carlos?

—Yo tengo que darle a mamá gusto; pero ella me prometió que me acompañarían. Estarás ahí, ¿no es cierto?

—¿Y para qué? ¿Cómo tendrá ocasión de hablarle él?

—Pues estarás tan cerca cuanto sea posible.

Y poniéndose a escuchar.

—Es mamá que viene—continuó poniendo una mano suya en las mías, para dejarla tocar de mis labios, como solía hacerlo cuando quería hacer completa, al separarnos, mi felicidad de algunos minutos.

Entró mi madre, y María, ya en pie, me dijo:

—¿El baño?

—Sí—la repuse.

—¿Y las naranjas cuando estés allá?

—Sí.

Mis ojos debieron de completar tan firmemente como mi corazón lo deseaba, estas respuestas, pues ella, satisfecha de mi disimulo, sonreía al oírlo.

Estaba acabando de vestirme a la sombra de los naranjos del baño, a tiempo en que don Jerónimo y mi padre, que deseaba enseñarle el mejor adorno de su jardín, llegaron a él. El agua estaba a nivel con el chorro, y se veían en ella sobrenadando o errantes en el fondo diáfano, las rosas que Estéfana había derramado en el estanque. Era Estéfana una negra de doce años, hija de esclavos nuestros: su índole y belleza la hacían simpática para todos. Tenía un afecto fan-

tico por su señorita María, la cual se esmeraba en hacerla vestir graciosamente. Llegó Estéfana poco después que mi padre y el señor de M***, y convencida de que podía acercarse ya, me presentó una copa que contenía naranja preparada con vino y azúcar.

—Hombre, su hijo de usted vive aquí como un rey—dijo don Jerónimo a mi padre.

Este le repuso, a tiempo que daban vuelta al grupo de naranjos para tomar el camino de la casa:

—Seis años ha vivido como estudiante, y le falta por vivir así cuatro o cinco cuando menos.

XXVIII

Aquella tarde, antes que se levantasen las señoras a preparar el café, como lo hacían siempre que había extraños en casa, traje a conversación la pesca de los niños y referí la causa por la cual les había ofrecido presenciar aquel día la armadura de los anzuelos en la quebrada. Se aceptó mi propuesta de elegir tal sitio para pasear. Solamente María me miró, como diciendo: «¿Con que no hay remedio?» Atravesamos ya el huerto. Había sido necesario esperar a María y que mi hermana fuese a averiguar la causa de su demora. Daba yo el brazo a mi madre. Emma rehusó cortésmente apoyarse en el de Carlos, so pretexto de llevar de la mano a uno de los niños. María lo aceptó casi temblando, y al poner la mano en él, se detuvo a esperarme; apenas fué posible significarle que era necesario no vacilar. Habíamos llegado al punto de la ribera, donde en la hoya de la vega, alfombrada de fina grama, sobresalen de trecho en trecho piedras negras manchadas de musgos blancos. La voz de Carlos tomaba un tono confidencial: hasta entonces había estado sin duda cobrando ánimo y empezaba a dar rodeo para tomar buen viento. María intentó detenerse otra vez: en sus miradas a mi

madre y a mí había casi una súplica; y no me quedó otro recurso que procurar no encontrarla. Vió en mi semblante algo que le mostraba el tormento a que estaba yo sujeto, pues en su rostro ya pálido noté un ceño de resolución extraño en ella. Por el continente de Carlos, me persuadí que era llegado el momento en que deseaba escuchar. Ella empezaba ya a hablar, y como su voz, aunque trémula, era más clara de lo que él parecía desear, llegaron de María a mis oídos estas frases interrumpidas:

—Habría sido mejor que hablase solamente con ellos... Sé estimar el honor que usted... Esta negativa...

Carlos estaba desconcertado; María se había sostenido de su brazo, y acababa de hablar mientras jugaba con los cabellos de Juan, quien, asiendo de la falda, le mostraba un racimo de adoretas colgante del árbol vecino... Dudo que la escena que acabo de describir con la exactitud que me es posible, fuera estimada en lo que valía por don Jerónimo, el cual, con las manos dentro de las faltriqueras de su jardinera azul, se acercaba en aquel momento con mi padre; para éste todo pasó como si lo hubiera oído. María se agregó majestuosamente a nuestro grupo, con pretexto de ayudarle a Juan a coger unas moras que él no alcanzaba. Como yo había tomado ya las frutas para dárselas al niño, ella me dijo al recibirlas:

—¿Qué hago para no volver con ese señor?

—Eso no es imposible—la respondí.

Y me acerqué a Carlos, convidándole a bajar un poco más por la vega, para que viésemos un bello remanso, en donde le instaba, con la mayor naturalidad que me era posible fingir, que volviésemos a bañarnos la mañana siguiente. Era pintoresco el sitio; pero, decididamente, Carlos no veía en él la hermosura de los árboles y los bejucos florecidos que se bañaban en las espumas, como guirnaldas desatadas por el viento. El sol, al acabar de ocultarse, teñía las colinas, los bosques y las corrientes con resplandores color de topacio; con

luz apacible y misteriosa que llaman los campesinos «el sol de los venados», sin duda porque a tal hora salen habitantes de las espesuras a buscar pastos en los pajonales de las altas cuchillas o al pie de los magüelles que crecen entre las grietas de los peñascos. Al unírnos Carlos y yo al grupo que formaban los demás, ya iban a tomar el camino de la casa, cuando mi padre, con una oportunidad perfectamente explicable, dijo a don Jerónimo:

—Nosotros no debemos pasar desde ahora por valetudinarios; regresemos acompañados.

Dicho esto, tomó la mano de María, para ponerla en su brazo, dejando al señor de M*** llevar a mi madre y a Emma.

—Han estado más galantes que nosotros—dije yo a Carlos, señalándole a mi padre y al suyo.

Y los seguimos, llevando yo en los brazos a Juan, quien, abriendo los suyos, se me había presentado diciéndome:

—Que me cargues, porque hay espinas y estoy cansado.

Refirióme después María que mi padre le había preguntado, cuando empezaban a vencer la cuestecilla de la vega, lo que le había dicho Carlos; y como insistiese afablemente en que lo contara, como ella guardara silencio, se resolvió al fin; animada así a decirle lo que le había respondido a Carlos.

—¿Es decir—le preguntó mi padre casi riendo, oída la trabajosa relación que ella acababa de hacerle,—que no quieres casarte nunca?

Respondióle moviendo la cabeza en señal de negativa, sin atreverse a mirarle.

—Hija, ¿si tendrás ya visto algún novio?—continuó mi padre,—¿no dices que no?

—Sí, digo—contestóle María muy asustada.

—¿Será mejor que ese buen mozo que has desechado?—Y al decirle esto mi padre, le pasó la mano derecha por la frente, para conseguir que le mirase.—¿Crees que eres muy linda?

María.—8

—¿Yo? No, señor.

—Sí; y te lo habrá dicho alguno muchas veces. Cuéntame cómo es ese afortunado.

María temblaba sin atreverse a responder una palabra más, cuando mi padre continuó diciéndola:

—El te acabará de merecer; tú querrás que sea un hombre de provecho... Vamos, confiésemos; ¿no te he dicho que me lo ha contado todo?

—Pero si no hay que contar...

—¿Conque tienes secretos para tu papá?—La dijo mirándola cariñosamente y en tono de queja, lo cual animó a María a responderle:

—¿Pues no dice usted que se lo han contado todo?

Mi padre guardó silencio por un rato. Pareció que le entristecía algún recuerdo. Subían las gradas del corredor del huerto, cuando ella le oyó decir:

—¡Pobre Salomón!

Y pasaba al mismo tiempo una de sus manos por la cabellera de la hija de su amigo. Aquella noche, en la cena, las miradas de María al encontrarse con las de mi padre, empezaron a revelarme lo que entre mi padre y ella había pasado. Se quedaba a veces pensativa, y creí notar que sus labios pronunciaban en silencio algunas palabras, como si traída solía hacerlo con los versos que le agradaban.

Mi padre trató en cuanto le fué posible de hacer menos difícil la situación del señor de M*** de su hijo, quien, por lo que se veía, había hablado con don Jerónimo sobre lo sucedido en la tarde; todo esfuerzo fué inútil. Habiendo dicho desde por la mañana el señor de M*** que madre garía la día siguiente, insistió en que le era preciso estar muy temprano en su hacienda, y se retiró con Carlos, a las nueve de la noche, después de haberse despedido de la familia en el salón.

Acompañé a mi amigo a su cuarto. Todo el afecto hacia él había revivido en estas últimas

horas de su permanencia en casa; la hidalguía de su carácter, esa hidalguía de que tantas pruebas me dió durante nuestra vida de estudiante, le realizaba de nuevo ante mí. Casi me parecía vituperable la reserva que me había visto forzado usar para con él. Si cuando tuve noticia de sus pretensiones, decíame yo, le hubiese confiado mi amor con María y lo que en aquellos tres meses había llegado a ser ella para mí, él, incapaz de arrostrar las fatales predicciones hechas por el médico, hubiera desistido de su intento, y yo, menos inconsecuente y más leal, nada tendría que echarme en cara. Muy pronto, si no las comprendía ya, tendrá que conocer las causas de mi reserva, en ocasión en que esa reserva tanto mal pudo haberle hecho. Esas reflexiones me acriminaban y entristecían. Las indicaciones recibidas de mi padre para manejar este asunto eran tales, que bien podía sincerarse con ellas. Pero no, lo que en realidad había pasado, lo que tenía que suceder y sucedió, fué que ese amor, adueñado de mi alma para siempre, la había hecho insensible a todo otro sentimiento, ciego cuanto no viniese de María. Tan luego como estuvimos solos en mi cuarto, me dijo, tomando todo el aire de franqueza estudiantil, sin que en su fisonomía desapareciera por completo la contradicción que denunciaba:

—Tengo que disculparme para contigo de una falta de confianza de tu lealtad.

Yo deseaba ya oír esa confidencia tan temible para mí un día antes.

—¿De qué falta?—le respondí;—no la he notado.

—¿Que no la has notado?

—No.

—¿No sabes el objeto con que mi padre y yo vinimos?

—Sí.

—¿Estás bien enterado del resultado de mi propuesta?

—No bien, pero...

—Pero lo adivinas.

—Es verdad.

—Bueno. Entonces, ¿por qué no hablé contigo sobre lo que pretendí, antes de hacerlo con cualquier otro, antes de consultárselo a mi padre?

—Una delicadeza exagerada de tu parte...

—No hay tal delicadeza; lo que hubo fué torpeza, imprevisión, olvido de... lo que quieras; pero eso no se llama como lo has llamado.

Se paseó por el cuarto; y deteniéndose luego delante del sillón que yo ocupaba:

—Oye—dijo,—y admírate de mi candidez. Yo sé para qué diablos le sirve a uno haber vivido veinticuatro años. Hace poco más de un año que me separé de tí para venir al Cauca, y ojalá te hubiera esperado como tanto lo deseaste. Desde mi llegada a casa fuí objeto de las más obsesivas atenciones de tu padre y de tu familia toda: ellos veían en mí a un amigo tuyo, porque acaso le había hecho saber la clase de amistad que nos unía. Antes de que vinieras ví dos o tres veces a la señora María y a tu hermana, ya de visita en casa, ya aquí. Hace un mes que me habló mi padre del placer que le daría yo te mandó por esposa a una de las dos. Tu prima había extinguido en mí, sin saberlo ella, todos aquellos recuerdos de Bogotá que tanto me atormentaban, como te lo decían mis primeras cartas. Convine con mi padre en que pidiera él para mí la mano de la señorita María. ¿Por qué no procuré verte antes? Bien es verdad que la prolongada enfermedad de mi madre me retuvo en la ciudad; pero, ¿por qué no te escribí? ¿Sabes por qué? Creía que al hacerte la confidencia de mis pretensiones, era como exigirte algo en tu favor, y el orgullo me impidió hacerlo. Olvidé que eras mi amigo; tú tendrías derecho, lo tienes para olvidarlo también. ¿Pero y si tu prima me hubiese amado? Si lo que no era otra cosa que las consideraciones a que tu amistad me daba derecho hubiera sido amor, ¿tú hubieras consentido en que ella fuera mi mujer sin...? ¡Vaya!

Yo soy un tonto en preguntártelo y tú muy cuerdo en no contestarme.

—Mira—agregó después de un instante que estuvo asomado a las ventanas,—tú sabes que yo no soy hombre que se echa a morir por esas cosas; recordarás que siempre me reí de la fe con que creías en las grandes pasiones de aquellos dramas franceses que me hacían dormir oyéndote leer en las noches de invierno.

Lo que hay es otra cosa: yo tengo que casarme y me halagaba la idea de entrar en tu casa, de ser casi tu hermano. No ha sucedido así; pero en cambio buscaré una mujer que me ame sin hacerse merecedora de tu odio, y...

—¿De mi odio?—exclamé interrumpiéndole.

—Sí; dispensa mi franqueza. ¡Qué niñería... no... qué imprudencia habría sido ponerse en semejante situación! ¡Bello resultado! ¡pesadumbre para tu familia, remordimiento para mí y la pérdida de tu amistad.

Mucho debes amarla—continuó después de una pausa;—mucho, puesto que pocas horas me han bastado para conocerlo, a pesar de lo que has procurado ocultármelo. ¿No es verdad que la amas tanto como creíste llegar a amar cuando tenías dieciocho años?

—Sí—le respondí, seducido por su noble franqueza.

—¿Y tu padre lo ignora?

—No.

—¿No?—preguntó admirado.

Entonces le referí la conferencia que había tenido días antes con mi padre.

—¿Conque todo, todo lo arrostras?—interrogóme maravillado, apenas hube concluido mi relación.—¿Y esa enfermedad que probablemente es la de su madre?... ¿Y vas a pasar quizá la mitad de tu vida asentado sobre una tumba?...

Estas últimas palabras me hicieron estremecer, no de espanto, sino de dolor, pronunciadas por boca de un hombre a quien no otra cosa que afecto por mí podía dictárselas, por Carlos, a

ninguna alucinación engañaba, tenían una solemnidad terrible, más terrible aún que el sí con el cual acababa yo de contestarlas. Púsemme en pie, y al ofrecerle mis brazos a Carlos, me estrechó casi con ternura entre los suyos. Me separé de él abrumado de tristeza, pero libre ya del mordimiento que me humillaba cuando empezó nuestra conferencia. Volví al salón. Mientras mi hermana ensayaba en la guitarra un vals nuevo, María me refirió la conversación que al regreso de paseo había tenido con mi padre. Nunca se había mostrado tan expansiva conmigo; recordando ese diálogo, el pudor la velaba frecuentemente los ojos y el placer asomaba en los labios.

XXIX

La llegada de los correos y la visita de los señores de M*** habían aglomerado quehaceres en el escritorio de mi padre. Trabajamos todo el día siguiente, casi sin interrupción; pero en los momentos en que nos reuníamos con la familia en el comedor, las sonrisas de María me hacían dulces promesas para la hora de descanso; a ellas les era dable hacerme leve hasta el más penoso trabajo. A las ocho de la noche acompañé a mi padre hasta su alcoba, y respondiendo a mi despedida de costumbre, añadió:

—Hemos hecho algo, pero nos falta mucho. Así pues, hasta mañana temprano.

En los días como aquél, María me esperaba siempre por la noche en el salón, conversando con Emma y mi madre, leyéndola a ésta algún capítulo de la «Imitación de la Virgen», o enseñando oraciones a los niños. Tenía ella tal certeza de que me era necesario pasar a su lado algunos momentos en aquella hora, que me lo concedía como algo que no tenía derecho a negarme, sin ocultar el placer que yo le proporcionaba y sin ocultar el que ella me concedía.

118

el salón o en el comedor había siempre un asiento esperándome, y un tablero de damas o los naipes nos servían de pretexto para hablar a solas, menos con palabras que con miradas y sonrisas. Entonces sus ojos soñolientos, con el sueño del alma, no huían de los míos.

—¿Viste a tu amigo esta mañana?—me preguntó procurando hallar respuesta en mi ceño.

—Sí; ¿por qué me preguntás eso ahora?

—Porque no he podido hacerlo antes.

—¿Y qué interés tienes en saberlo?

—¿Te instó él en que le pagaras la visita?

—Sí.

—¿Irás a pagársela?

—Seguramente.

—El te quiere mucho, ¿no es así?

—Así lo he creído siempre.

—¿Y lo crees todavía?

—¿Por qué no?

—¿Lo quieres como cuando estabais en el colegio?

—Sí; pero, ¿por qué hablas hoy de eso?

—Porque yo quisiera que tú fueses siempre su amigo, y que él siguiese siéndolo tuyo. Pero tú no le habrás contado nada.

—¿Nada de qué?

—Pues de eso.

—Pero, ¿de qué cosa?

—Si sabes lo que digo... No le has dicho, ¿no?

Yo me complacía en la dificultad que ella encontraba para preguntarme si había hablado de nuestro amor a Carlos, y le respondí:

—Es la primera vez que no te entiendo.

—¡Ave María! ¿Cómo no has de entender? Que si le has hablado de lo que...

Y como me quedase mirándola al propio tiempo que me sonreía en su infantil afán, prosiguió:

—Bueno; ya no me digas.

Y se puso a hacer torrecillas con las fichas del tablero en que jugábamos.

—Si no me miras—la dije,—no te confieso lo que he dicho a Carlos.

—Ya, pues... a ver, dí—respondióme, tratando de hacer lo que le exigía.

—Se lo he contado todo.

—¡Ay! ¿todo?

—¡Hice mal?

—Si así debía ser... Pero, entonces, ¿por qué no se lo contaste antes de que viniera?

—Mi padre se opuso a ello.

—Sí, pero él no habría venido; ¿y eso no hubiera sido mejor?

—Sin duda, pero yo no debía hacerlo, y hoy está satisfecho de mí.

—¿Seguirá, pues, siendo tu amigo?

—No hay motivo para que deje de serlo.

—Sí, porque yo no quiero que por esto...

—Carlos te agradecerá tanto como yo ese desengaño.

—¿Conque te separas de él como de costumbre? ¿Y él se ha ido contento?

—No, María, ni él te estima menos que antes por lo que has hecho.

—Si te quiere de veras, así debe ser. ¿Y sabes por qué ha pasado todo así con ese señor?

—¿Por qué?

—Pero cuidado con reírte.

—No me reiré.

—¡Pero si ya te estás riendo!

—No es de lo que vas a decirme, sino de lo que ya has dicho; dí, María.

—Ha sido porque he rezado mucho a la Virgen para que hiciera suceder todo así, desde ayer que mamá me habló.

—¿Y si la Virgen no te hubiera concedido lo que pedías?

—Eso era imposible: siempre me concede lo que le pido, y como esta vez yo le rogaba tanto, estaba segura de que me oiría. Mamá se va—agregó,—y Emma se está durmiendo. ¿Quieres irte?

—¿Y qué voy a hacer?... Mañana he de escribir mucho.

—¿Y cuando Tránsito venga?

—¿A qué hora viene?

—Mandé decir que a las doce.

—A esa hora habremos concluido. Hasta mañana.

Respondió a mi despedida con las mismas palabras, pero admirándose de que me quedase con el pañuelo que ella tenía en la mano que me dió a estrechar. María no comprendió que aquel pañuelo perfumado era un tesoro para algunas de mis noches. Después se negó casi siempre a concederme ese bien, hasta que vinieron los días en que se mezclaron tantas veces nuestras lágrimas.

XXX

A la mañana siguiente, mi padre dictaba y yo escribía mientras él se afeitaba, operación que nunca interrumpía los trabajos empezados, no obstante el esmero que en ella gastaba siempre. El resto de su cabellera rizada, abundante aún en la parte posterior de la cabeza, y que dejaba inferir cuán hermosos serían los cabellos que llevó en su juventud, le pareció un poco larga. Entrecabriendo la puerta que caía al corredor, llamó a mi hermana.

—Está en la huerta—le respondió María desde el costurero de mi madre.—¿Necesita usted algo?

—Ven tú, María—le contestó, a tiempo que yo le presentaba algunas cartas concluidas para que las firmase.—¿Quieres que bajemos mañana?—me preguntó, firmando la primera.

—¿Cómo no?

—Será bueno, porque hay mucho que hacer; yendo ambos, nos desocuparemos más pronto. Puede ser que el señor A*** escriba algo de su viaje, en este correo: ya se demora en avisar para cuándo debes de estar listo. Entra, hija—agregó volviéndose a María, la cual esperaba afuera, por haber encontrado la puerta entornada.

Ella entró dándonos los buenos días. Sea que hubiese oído las últimas palabras de mi padre sobre mi viaje, sea que no pudiese prescindir de

su timidez delante de él, con mayor razón desde que le había hablado de nuestro amor, se puso algo pálida. Mientras él acababa de firmar, la mirada de María se paseaba por las láminas del cuarto, después de haberse encontrado furtivamente con la mía.

—Mira—la dijo mi padre, sonriendo al mostrarme los cabellos,—¿no te parece que tengo mucho pelo?

Ella sonrió al responderle:

—Sí, señor.

—Pues recórtalo un poco.

Y tomó, para entregárselas, las tijeras de un estuche que estaba abierto sobre una de las mesas.

—Voy a sentarme, para que puedas hacerlo mejor—añadió.

Dicho esto, acomodóse en la mitad del cuarto, dando la espalda a la ventana y a nosotros.

—Cuidado, hija mía, con trasquilarme—dijo, cuando ella iba a empezar.—¿Está comenzada la otra carta?—añadió dirigiéndose a mí.

—Sí, señor.

Comenzó a dictar hablando con María, mientras yo escribía.

—¿Conque te hace gracia que te pregunte si tengo muchos cabellos?

—No, señor—respondió, consultándome si iba bien la operación.

—Pues así como lo ves—continuó mi padre—fueron tan negros y abundantes como otros que yo conozco.

María soltó los que tenía en ese momento en la mano.

—¿Qué es?—le preguntó él, volviendo la cabeza para mirarla.

—Que voy a peinarlos para recortar mejor.

—¿Sabes por qué se cayeron y encanecieron tan pronto?—la preguntó, después de dictarme una frase.

—No, señor.

—Cuidado, niña, con equivocarse.

María se sonrojó, mirándome con todo el día

mulo que era necesario, para que mi padre no lo notase, en el espejo de su mesa de baño, que tenía al frente.

—Pues cuando yo tenía veinte años—prosiguió—es decir, cuando me casé, acostumbraba a bañarme la cabeza con agua de colonia. ¿Qué disparate, eh?

—Y todavía—observó ella.

—Mi padre rió con aquella risa armoniosa y sonora que acostumbraba. Yo leí el final de la frase escrita, y él, dictada otra, continuó su diálogo con María.

—¿Está ya?

—Creo que sí, ¿eh?—añadió consultándome.

Cuando María se inclinó a sacudir los recortes de cabellos que habían caído sobre el cuello de mi padre, la rosa que ella llevaba en una de las frezas, cayó a sus pies. Cuando iba a alcanzarla, mi padre la había tomado ya. María volvió a ocupar su puesto tras de la silla, y él la dijo, después de verse en el espejo detenidamente:

—Yo te la pondré ahora donde estaba, para recompensarte lo bien que lo has hecho.

Y acercándose a ella, agregó, colocando la flor con tanta gracia como lo hubiera podido hacer Emma:

—Todavía se me puede tener envidia.

Detuvo a María, que se mostraba deseosa de retirarse, por temor de lo que él pudiera añadir, besóla la frente y la dijo en voz baja:

—Hoy no será como ayer: acabaremos temprano.

XXXI

Serían las once. Terminado el trabajo, estaba yo acodado en la ventana de mi cuarto. Aquellos momentos de olvido de mí mismo, en que mi pensamiento se cernía sobre regiones que casi me eran desconocidas, momentos en que las palomas

que estaban a la sombra, en los naranjos, agobiados de sus racimos de oro, se arrullaban amorosas; en que la voz de María, arrullo más dulce aún, llegaba a mis oídos, tenían un encanto inefable.

La infancia, que en su insaciable curiosidad se asombra de cuanto la naturaleza ofrece de raro a sus miradas; la adolescencia, que adivinándolo todo se deleita involuntariamente con castas visiones de amor, presentimiento de una felicidad tantas veces esperada en vano; sólo en ella saben traer aquellas horas no medidas en que el alma parece esforzarse por volver al cielo, que aún no ha podido olvidar.

No eran las ramas de los rosales, ni los que las ondas del arroyo robaban leves pétalos para enganarse fugitivas; no el vuelo majestuoso de las águilas negras sobre las cimas cercanas, no era eso lo que veían mis ojos: era lo que yo no veré más; lo que mi espíritu quebrantado con tristes realidades no busca, o admira únicamente en sus sueños: el mundo, como Adán pudo verlo en la primera mañana de su vida. Divisé en el negro y tortuoso camino de las lomas, a Tránsito y a su padre, quienes venían en cumplimiento de lo que a María tenían prometido. Crucé el huerto y subí la primera colina para aguardarlos en el puente de la cascada, visible desde el salón de la casa. Como estábamos al raso, todavía no eran cortos los montañeses para conmigo; me dijeron todas aquellas cosas que solían en pasándose algunos días sin vernos. Pregunté por Braulio a Tránsito.

—Se quedó aprovechando el buen sol para la revuelta (1). ¿Y la Virgen de la Silla?

Tránsito acostumbraba a preguntarme así por María, desde que cayó en cuenta de la notable semejanza entre el rostro de su futura madrina y el de una bella Madona del pratorio de mi madre.

—La viva está buena y esperándote—la respon-

(1) Desyerba.

di,—la pintada, llena de rosas y alumbrada para que te haga muy feliz.

Así que nos acercamos a la casa, María y Emma salieron a recibir a Tránsito, a la cual dijeron, entre otros agasajos, que estaba muy buena moza, y era cierto, pues la felicidad la embellecía. José recibía, sombrero en mano, los cariñosos saludos de sus señorías; y zafándose la gambía que traía a la espalda llena de legumbres para regalo, entró con nosotros, instado por mí, al aposento de mi madre. A su paso por el salón, Mayo, que dormía bajo una de las mesas, le gruñó, y el montañés le dijo riendo:

—¡Hola! abuelo, ¿todavía no me quieres? Será porque estoy tan viejo como tú.

—¿Y Lucía?—preguntó María a Tránsito,—¿por qué no quiso acompañarla?

—Si es tan floja «que no», y tan «montuna».

—Pero Efraín dice que con él no es así—le observó Emma.

Tránsito rió antes de responder:

—Con el señor es menos vergonzosa, porque como va tantas veces allá, le ha ido perdiendo el miedo.

Tratamos de saber el día en que hubiera de efectuarse el matrimonio. José, para sacar de apuros a su hija, contestó:

—Queremos que sea de hoy en ocho días. Si está bien pensado, lo haremos así: en casa madrugamos mucho, y no parando, llegaremos al pueblo cuando salga el sol: saliendo ustedes de aquí a las cinco, nos alcanzarán llegando, y como el señor cura tendrá todo listo, despacharemos temprano. Luisa es enemiga de fiestas, y las muchachas no bailan; pasaremos, pues, el domingo como todos, con la diferencia que ustedes nos harán una visita; y el lunes, cada cual a su oficio; ¿no le parece?—concluyó dirigiéndose a mí.

—Sí; pero, ¿irá a pie Tránsito al pueblo?

—¡Eh!—exclamó José.

—¿Pues cómo?—preguntó ella admirada.

—A caballo; ¿no están ahí los míos?

—Si a mí me gusta más andar a pie, y a Dacia, no es sólo eso, sino que les tiene miedo a las bestias (1).

—Pero, ¿por qué?—preguntó Emma.

—Si en la provincia solamente los blancos andan a caballo: ¿no es así, padre?

—Sí; y los que no son blancos, cuando ya están viejos.

—¿Quién te ha dicho que no eres blanca?—pregunté a Tránsito,—y blanca como pocas.

La muchacha se puso colorada como una guinda al responderme:

—Las que yo digo son las gentes ricas, las señoras.

José, luego que fué a saludar a mi padre, se despidió, prometiéndonos volver por la tarde, a pesar de nuestras instancias para que se quedase a comer con nosotros. A las cinco, como saliese la familia a acompañar a Tránsito hasta el pie de la montaña, María, que iba a mi lado, me decía:

—Si hubieras visto a mi ahijada con el traje de novia que le he hecho, y los zarcillos y gargantilla que le han regalado Emma y mamá, estoy segura de que te habría parecido muy linda.

—¿Y por qué no me llamaste?

—Porque Tránsito se opuso. Tenemos que preguntarle a mamá qué dicen y qué hacen los padrinos en la ceremonia.

—De veras, y los ahijados nos enseñarán qué responden los que se casan, por si se nos llegaron a oír.

Ni las miradas, ni los labios de María, respondieron a esta alusión a nuestra felicidad; y permaneció pensativa mientras andábamos el corto trecho que nos faltaba para llegar a la orilla de la montaña. Allí estaba esperando Braulio a su novia, y se adelantó, risueño y respetuoso, a saludarnos.

—Se les va a hacer de noche para bajar—nos dijo Tránsito.

(1) Caballerías.

Se despidieron de nosotros cariñosamente los montañeses. Se habían internado algún espacio en la selva, cuando oímos la robusta voz de Braulio que cantaba vueltas antioqueñas. Después de nuestro diálogo, María no había vuelto a estar risueña. Inútilmente trataba yo de ocultarme la causa; bien la sabía por mi mal; ella pensaba, al ver la felicidad de Tránsito y Braulio, en que pronto íbamos nosotros a separarnos, en que tal vez no volveríamos a vernos... quizá en la enfermedad de que había muerto su madre. Y no me atrevía a turbar su silencio. Bajando las últimas colinas, Juan, a quien ella llevaba de la mano, me dijo:

—María quiere que yo sea guapo para caminar, y ella está cansada.

Ofrecíla entonces mi brazo para que se apoyara, lo cual no había podido hacer antes por atención a Emma y a mi madre. Estábamos ya a poca distancia de la casa. Se iban apagando los arboles que al ocultarse el sol había dejado sobre las sierras de occidente; la luna, levantándose a nuestra espalda sobre las montañas de que nos alejábamos, proyectaba las inquietas sombras de los sauces y enredaderas del comedor en los muros pálidamente iluminados. Yo espiaba el rostro de María, sin que ella lo notase, buscando los síntomas de su mal, a los cuales precedía siempre aquella melancolía que de súbito se había apoderado de ella.

—¿Por qué te has entristecido?—le pregunté al fin.

—¿No he estado, pues, como siempre?—me respondió cual si despertase de un ligero sueño.—¿Y tú?

—Es porque has estado así.

—Pero, ¿no podía yo contentarte? Vuelve, pues, a estar alegre.

—¿Alegre?—preguntó como admirada,—¿y lo estarás también?

—Sí, sí.

—Mira: ya estoy como quieres—me dijo sonriente, —¿nada más exiges?

—Nada más... ¡Ah! sí; aquello que me has prometido y no me has dado.

—¿Qué será? ¿Crearás que no me acuerdo?

—¿No? ¿y los cabellos?

—¿Y si lo notan al peinarme?

—Dirás que fué cortando una cinta.

—¡Eso es!—dijo, después de haber buscado bajo el pañolón, mostrándome algo que le negreaba en la mano y que ésta me ocultó al cerrarse.

—Sí, eso; dámelos ahora.

—Si es una cinta—contestó volviendo a guardar lo que me había mostrado.

—Bueno; no te lo exigiré más.

—¡Conque bueno! ¡y entonces! ¿para qué me los he cortado? Es que faltaba componerlos bien; ¿mañana precisamente...

—Esta noche.

—También: esta noche.

Mi brazo oprimió suavemente el suyo, desnudo de la muselina y encajes de la manga; su mano rodó poco a poco hasta encontrarse con la mía; la dejó levantar del mismo modo hasta mis labios, y apoyándose con más fuerza en mí para subir la escalera del corredor, me decía con voz lenta y de vibraciones acalladas:

—¿Ahora sí estás contento? No volvamos a estar tristes.

Quiso mi padre que en aquella noche le leyese de sobremesa algo del último número de *El Día*. Terminada la lectura, se retiró él, y pasé yo a la sala. Se me acercó Juan y puso la cabeza en una de mis rodillas.

—¿No duermes esta noche?—le pregunté acariciándole.

—Quiero que tú me hagas dormir—me contestó en aquella lengua que pocos podían entenderle.

—¿Y por qué no con María?

—Yo estoy enfadado con ella—repuso, acomodándose mejor.

—¿Con ella? ¿Qué le has hecho?

—Si es ella la que no me quiere esta noche.

—Cuéntame por qué.

—Yo le he dicho que me contara el cuento de la Caperuza, y no ha querido; le he pedido besos y no me ha hecho caso.

Las quejas de Juan me hicieron temer que la tristeza de María hubiese continuado.

—Y si esta noche tienes sueños medrosos—dije al niño,—ella no se levantará a acompañarte, como me has referido que lo hace.

—Entonces mañana no la ayudaré a recoger flores para tu cuarto, ni le llevaré los peines al baño.

—No digas eso; ella te quiere mucho; vé y dile que te dé los besos que le pediste y que te haga dormir oyendo el cuento.

—No—dijo, poniéndose en pie, y como entusiasmado por una buena idea.—Voy a traértela para que la regañes.

—¿Yo?

—Voy a traértela.

Y diciéndolo, entró en su busca. A poco se presentó, haciendo el papel de que la conducía de la mano por fuerza. Ella, sonriendo, le preguntaba:

—¿A dónde me llevas?

—Aquí—respondió Juan, obligándola a sentarse a mi lado.

Referí a María todo cuanto había charlado su consentido. Ella, tomando la cabeza de Juan entre las manos y tocándole la frente con la suya, díjole:

—¡Ah, ingrato! Duérmete, pues, con él.

Juan se puso a llorar tendiéndome los bracitos para que lo tomase.

—No, mi amo; no, mi señor—le decía ella,—son chanzas de tu Mimiya.

Y le acariciaba. Mas el niño insistió en que yo le aupase.

—¿Conque eso haces conmigo, Juan?—continuó María, quejándose.—Bueno, ya el señor es un hombre; esta noche haré que le lleven la cama al

cuarto de su hermano; ya no me necesita; yo me quedaré sola y llorando porque no me quiere más.

Se cubrió los ojos con una mano, para hacerle creer que lloraba; Juan esperó un instante: mas como ella persistió en fingirle llanto, se escurrió poco a poco de mis rodillas y se le acercó tratando de descubrirle el rostro. Encontrando los labios de María sonrientes y amorosos los ojos, rió también, y abrazándosele a la cintura, recostó la cabeza en su regazo, diciéndola:

—Te quiero como a los ojitos, te quiero como al corazón. Ya no estoy enfadado. Esta noche voy a rezar el bendito muy formal para que me hagan otros calzones.

—Muéstrame los calzones que llevas—le interrumpí.

Juan se subió al sofá, entre María y yo, para hacerme admirar sus primeros calzones.

—¡Qué lindos!— exclamé abrazándolo. —Si me quieres mucho y eres formal, conseguiré que te hagan muchos y te compraré silla, zamarras, escuelas...

—Y un caballo negro—me interrumpió.

—Sí.

Abrazóme, dándome un prolongado beso, y asido al cuello de María, quien volvía el rostro para esquivarle los labios, la obligó a recibir idéntico agasajo. Se arrodilló donde había estado en pie: con las manos juntas rezó devotamente el bendito y se reclinó soñoliento sobre la falda que ella le brindaba. Noté que la mano izquierda de María jugaba con algo sobre la cabellera del niño, al paso que una sonrisa maliciosa le asomaba a sus labios. Con una rápida mirada me mostró entre los cabellos de Juan el bucle de los que me tenía prometidos, y ya me apresuraba yo a tomarlos, cuando ella, reteniéndolos, me dijo:

—¿Y para mí?... Tal vez sea malo exigírtelo.

—¿Los míos?—le pregunté.

Significóme que sí, agregando:

—¿No estarán bien en el mismo guardapelo en que tengo los de mi madre?

XXXII

A la mañana siguiente tuve que hacer un esfuerzo para que mi padre no comprendiese lo penoso que me era acompañarle en su visita a las haciendas de abajo. Él, como lo hacía siempre que iba a emprender viaje, por corto que fuese, intervenía en el arreglo de todo, aunque no era necesario, y repetí sus órdenes más que de costumbre.

Como era preciso llevar algunas provisiones delicadas para la semana que íbamos a permanecer fuera de la casa, provisiones a las cuales era mi padre muy aficionado, riendo él al ver las que acomodaban Emma y María en el comedor y dentro de los «cuchugos» (1) que Juan Angel debía llevar al arzón, dijo:

—¡Válgame Dios, hijas! ¿Todo eso cabrá ahí?

—Sí, señor—respondió María.

—Pero si con esto bastará para un obispo: ¡Ajá! Eres tú la más empeñada en que no lo pasemos mal.

María, que estaba de rodillas acomodando, y le daba la espalda a mi padre, se volvió para decirle tímidamente, a tiempo que yo llegaba:

—Pues como van a estarse tantos días...

—No muchos, niña—replicó riendo.—Por mí no lo digo: todo te lo agradezco; pero este muchacho se pone tan desganado allá... Mira—agregó dirigiéndose a mí.

—¿Qué?

—Pues todo lo que ponen. Con tal avío, hasta puede suceder que me resuelva a estarme quince días.

—Pero si es mamá quien lo ha mandado—observó María.

—No hagas caso, judía—así solía llamarla algu-

(1) Cajas de cuero y madera que suelen llevarse en el arzón de la silla.